

OPINION

Alfonso Alcalde
y César Vallejo

CRISTIAN VILA RIQUELME

Es casi una coincidencia poética que Alcalde haya elegido su muerte en el año del centenario del nacimiento de Vallejo. Como si hubiera una especie de fraternidad más allá de la vida y de la muerte entre poetas.

*"Hoy me gusta la vida mucho menos,
pero siempre me gusta vivir: ya lo decía.*

Casi toqué la parte de mi todo y me contuve

con un tiro en la lengua detrás de mi palabra".

Vallejo tenía un rostro de piedra, como su modo de decir la poesía:

"Las piedras no ofenden; nada codician. Tan sólo piden amor a todos, y piden amor aun a la Nada".

Las piedras múltiples, vagabundas, estacionadas, pequeñas, inmensas; las piedras toscas, pulidas, testigos silenciosas de quién sabe cuánta huella, cuánto arrojo, cuánta casa. Las llovidas, las desérticas, las que el Cristo no permitió que arrojaran sobre la mujer adúltera, las que se ponía en la boca un antiguo griego para ejercer el habla, las que los suicidas naufragos se pusieron en los bolsillos para ahogarse, las que guardan musgo o insectos o algas fosilizadas. Alcalde, que tenía el rostro de madera (la madera antigua, llovida, la de los bosques del sur, la pulida por el mar, la de la mesa servida) le rindió a Vallejo un homenaje anónimo:

*"BIENAVENTURADO
el que inmortalizó al cuervo
encima de otro cuervo.*

*BIENAVENTURADO
el que no le tuvo miedo
al paradero de la muerte, a su vértigo,
a su herradura hueca, al fervor de la canela,
a su butaca principal,
a su ecuación patibularia,
a su sonriente socavón,
a su silencio, a la música de sus piedras".*

La poesía es creación de lenguaje. Cada poeta la ejerce acorde a su necesidad de decir, a cómo las cosas se expresan a través de él, y que será siempre distinto al de otros. Un poema no es bueno cuando esa creación de lenguaje no la vemos por parte alguna ni cuando las cosas no expresan nada o, sencillamente, se resisten a expresarlo allí. Por estas razones, para Alcalde todo fue motivo de escritura, todo material era noble, todo digno de ser cantado o contado. Así lo hace en los poemas de amor más extraordinarios que se han escrito en este país (*Variaciones sobre el tema del amor y de la muerte*), desde el punto de vista del lenguaje como de su apertura y de su total afirmación de la

vida:

*"Aquéllos
que en los cuartos
circulares se encerraron
y gimieron hasta
silenciar sus ruidos
y luego partieron
y nunca más
volvieron a verse
EL AMOR LOS REDIMA".*

Lamentablemente, en este país, como en otros, hay legiones de doctores de la ley que deciden qué se lee, qué es bueno, quién se merece ser reconocido; y hay que esperar que los poetas, los escritores se mueran o sean ya viejos o sean reconocidos en otro país para que los mismos que les hicieron el vacío o, a lo más, los mal criticaron, los ensalcen o los incluyan en alguna antología. El poeta Alfonso Alcalde nunca fue hombre de camarillas o capillas propias, razón por la cual nunca se lo trató como habría merecido. Si a esto le agregamos que, luego de su regreso del exilio, se retiró a Tomé, ya tenemos un cuadro de sus últimos años. Siempre recuerdo con gusto y ahora con nostalgia cuando nos recibió a principios de los 80 al pintor Raúl Schneider y a mí, que vivíamos en París y andábamos de paso por Chile, en sus "dominios" de Tomé. Esa vez nos llevó donde los pescadores a tomar el aperitivo (que consistía en pipeño blanco y jaivas) y luego fuimos a almorzar conejos en escabeche en una de las tantas "picadas" que Alfonso conocía. Pero a pesar de ser un gozador de la vida, de la calidez y generosidad con que daba su amistad, Alfonso tuvo siempre una visión trágica y combativa de la vida. Con todo, podemos comprender su decisión recordando un poema de Vallejo que expresa también esa fraternidad más allá de la vida y de la muerte de la que se habló más arriba:

*"César Vallejo ha muerto, le pegaban todos sin que él les haga nada;
le daban duro con un palo y duro también con una soga; son testigos los días jueves y los huesos húmeros,
la soledad, la lluvia, los caminos...".*

(El autor es escritor y doctor en Filosofía).

Pablo de Rokha se suicidó con un balazo, solo, marginado, a pesar del Premio Nacional que se le otorgó tardíamente tres años antes. Conocida es la polémica que mantuvo con Huidobro y con Neruda, y los odios viscerales con este último (el cual le respondió con la misma pasión) durante toda su vida. Alguien me decía que el destino de los poetas era morir solos, más aún si no pertenecían a camarillas ni capillas de ninguna especie. Porque, como dice el poeta Alfonso Alcalde en el prólogo de su libro imposible *El panorama ante nosotros*: "De todas las desdichas, ninguna como la poesía produce tanto arrobamiento, tanta llama para el consumo, pues hasta quedar reducidos a ceniza, cantamos". Este fue el sino de De Rokha, que a su canto sumaba el ejercicio de la polémica y de la diatriba. Este fue el sino de Alfonso Alcalde, al igual que el del peruano César Vallejo.

Es, por lo tanto, casi una coincidencia poética que Alcalde haya elegido su muerte en el año del centenario del nacimiento de Vallejo. Como si hubiera una especie de fraternidad más allá de la vida y de la muerte entre poetas cultores de la poesía y de la escritura contra viento y marea. Alcalde, como De Rokha, recorrió Chile de punta a cabo, estableció una geografía de las comidas y las bebidas de este país de desastres (para la colección de la editorial Quimantú: *Nosotros los chilenos*, por allá por principios de los 70), ejerció los más diversos oficios para poder escribir (hacedor de horóscopos, contrabandista de caballos, etc.), y su poesía es un torrente de lenguaje múltiple y abierto, así como su prosa rescata lo marginal o lo más cotidiano (el relato *La espera*, que formó parte de la inolvidable obra teatral de Ictus: *Tres noches de un sábado*). Como Vallejo, su búsqueda de lenguaje, la manera de vivir la escritura como acontecimiento cotidiano, su marginalidad, la pobreza, lo fueron marcando. Su muerte no podía ser de otro modo. Como Vallejo que se murió de hambre; de hambre física, de hambre metafísica, de exilio: